

LA MEDIACION MARXISTA DE LA FE CRISTIANA

ARTURO SOSA A.

La presencia en América Latina de cristianos y grupos cristianos que viven su fe desde el compromiso por la construcción de una sociedad socialista y que asumen de diversas maneras el lenguaje e ideología marxista es una realidad insoslayable. El compromiso por la transformación de la sociedad venezolana hacia una estructuración socialista, partiendo de un análisis marxista de nuestra situación social actual se extiende cada vez más en grupos que se reconocen como cristianos que ven en ese compromiso la realización más plena de su fe en las actuales circunstancias y en el momento histórico presente.

La vida práctica de estos grupos cristianos ha superado realmente la reflexión que sobre la relación marxismo-cristianismo han hecho tanto la iglesia oficial como el marxismo ortodoxo. El llamado "diálogo" entre marxistas y cristianos que se ha desarrollado predominantemente en los ambientes intelectuales europeos no toca ni responde a las posiciones y problemas de los grupos cristiano-marxistas latinoamericanos.

Desde la perspectiva de la teología latinoamericana que concibe la reflexión teológica como "acto segundo" en relación a la práctica cristiana se plantea la necesidad de examinar esa situación e intentar hacer teología desde el compromiso de esos grupos cristianos. Igualmente el marxismo consecuente con su intuición fundamental de que la "teoría" debe nacer y comprender la "praxis" e irse modificando dialécticamente con el cambiarse continuo de esa praxis iluminada y comprendida a través de su teoría. Se trata, pues, de una problemática que se presenta creativa para aquellos sectores del cristianismo y del marxismo —todavía minoritarios en ambos campos— que intentan vivir profundamente su propio momento histórico y hacer desde allí una "teología" o una "teoría" que responda a su práctica histórica, la haga consciente y

crítica y asegure la transformación integral de la sociedad y no sólo el avance intelectualista del pensamiento.

La opción, pues, de estos cristiano-marxistas nos plantea dos órdenes de problemas:

a. Aquellos que se refieren al problema de la mediación de la fe por las ideologías y situaciones históricas presentes, y

b. Aquellos que se refieren concretamente al marxismo que sirve como ideología mediadora de estos grupos cristianos. Es decir, de qué marxismo y en qué sentido se habla de ideología mediadora de la fe cristiana.

No intentamos en estas líneas sino un primer acercamiento a una problemática vasta y cuya sistematización no está ni completada ni exhaustivamente tratada. Intentamos sólo indicar algunas líneas de reflexión a partir de la experiencia concreta y la realidad de estos grupos cristianos comprometidos en la construcción del socialismo en Venezuela y en la A. L. El intercambio con otras experiencias y la propia maduración de ese compromiso irán completando, corrigiendo y profundizando esta reflexión que intenta seguir el "camino" de esos cristianos.

1. LA FE DEL CRISTIANO ES UNA FE ENCARNADA EN LA HISTORIA

Hemos ya indicado que nuestro punto de partida es la opción de aquellos grupos cristianos empeñados en la transformación estructural de la sociedad venezolana y latinoamericana. En el actual momento histórico esa opción implica un rechazo del capitalismo como sistema social capaz de alcanzar la justicia para nuestros pueblos. Se entiende el capitalismo como el sistema social generador y conservador de la situación de opresión, neocolonialismo, dependencia y dominación a todos los niveles que se vive en el subcontinente y de los mecanismos de dominación que rigen el injusto sistema económico inter-

nacional en el que pueblos "desarrollados" han conseguido su posición condenando a los pueblos del "tercer mundo" a vivir en el subdesarrollo dependiente.

Dentro de esta opción vive la fe cristiana. Podemos, entonces, preguntarnos por la relación entre esa opción y el evangelio, fuente y norma de la vida cristiana: ¿se desprende tal opción directamente del evangelio o de la vida de Jesucristo? ¿Cómo se llega a tal opción desde una vida inspirada por el evangelio y el seguimiento del Señor Jesús?

Ciertamente podemos afirmar que una opción de esa naturaleza no se desprende directamente del evangelio ni es posible deducirla de las premisas en él contenidas. Ni en este tiempo, ni en los anteriores, el evangelio ha dado a los cristianos las "fórmulas" para su actuación social o para la estructuración de la vida política y económica. El mensaje evangélico se coloca a otro nivel, más fundamental, pero sin sustituir al hombre de cada tiempo en su tarea de discernir cómo realiza su vida cristiana según las condiciones, conocimientos y alternativas de cada momento histórico.

El hecho de ser cristiano no cambia los condicionamientos, potencialidades ni limitaciones del ser humano. Al igual que todo hombre el cristiano posee condicionamientos en su modo de conocer la realidad, posee determinados instrumentos y no otros para interpretarla y transformarla. Al igual que todo hombre, el cristiano tiene que descubrir su papel en la historia. Para ello tiene que acudir a los instrumentos que la cultura de su tiempo le brinda. Su conocimiento, como el de todo hombre, está "mediado" por la ciencia humana en el estado en que se encuentra en el momento en que tiene que tomar su opción.

Por consiguiente, la decisión de los cristianos depende mucho más de la vivencia de una situación de explotación, del vivirla desde el compromiso real con

el oprimido y de la visión que la ciencia humana le permita para entender esa realidad, que de la meditación de los evangelios o de la inspiración recibida por hilo directo del Espíritu Santo.

Dentro de la comprensión de la realidad con los instrumentos que la cultura y la ciencia humana puedan brindar se realiza la confrontación con el evangelio, reconocido como "palabra de Dios", y con la vida de Jesús que es "verdad" porque es "camino".

¿No es esto una "minimización" reduccionista de la fe cristiana? ¿Qué es, entonces, la fe cristiana? La respuesta que surge casi espontánea del razonamiento que venimos haciendo es que la fe cristiana, en sí misma, no es nada. Sólo puede hablarse de fe cristiana en relación a algo, o mejor, a alguien. Ese alguien es Jesús de Nazareth, el Cristo —por eso es "cristiana"— a quien reconocemos como la presencia de Dios en la historia, en la única histórica que es la historia de nosotros los hombres. En esa historia en la que descubrimos a Dios presente establecemos relación de amor y de entrega con ese Dios y a eso llamamos fe.

Para los cristianos Dios no es un nombre cualquiera con un contenido cualquiera. Es el Padre de Jesús, presente en Jesús y presente en el Espíritu de Jesús cuya realidad experimentamos en nuestra vida de hoy. Ese Dios es un Dios "mediado" por la humanidad. Es el Dios que se encuentra en medio de los hermanos constructores de la única historia. Es el Dios que se nos manifiesta radicalmente en la humanidad de Jesús de Nazareth, que es el hijo único que nos lo ha explicado (Jn 1,18).

Tener fe es ser capaz (o haber sido capacitado, según Jn 1,12) para establecer esa relación con el Dios presente en la historia humana. Relación que exige simultáneamente un movimiento, un punto de vista y una condición: el movimiento consiste en salir de sí mismo, en desplazar el propio centro de gravedad de uno mismo hacia el otro. Pero ese otro no es cualquiera, es el "pobre" en el lenguaje evangélico, el oprimido que no puede brindarnos seguridad y que nos pone en condiciones de fundar nuestra seguridad en ese Dios que allí se transparenta. Este es el punto de vista: el pobre, sólo desde el poder podemos establecer esa relación con el Dios que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9). Y la condición es no tener ningún otro fundamento que la palabra de Dios comprometida en la realización final de la historia. Encontramos en el otro, que es la manera de recuperarnos en la paradoja del perder la propia vida para ganarla (Jn 12, 25). La fe cristiana sólo es posible encarnada en la historia.

2. LA FE CRISTIANA ES UNA FE MEDIADA

La encarnación en la historia de la relación con Dios y de la fe cristiana trae como consecuencia su sometimiento a todas las mediaciones propias de la condición humana. Podemos sintetizar esas mediaciones fundamentalmente en dos: la mediación cognoscitiva y la mediación práctica.

Si la fe en Dios es una relación que se da en la historia, supone un conocimiento de la historia que no viene por inspiración directa ni se deduce tranquilamente de la palabra de Dios entendida objetivísticamente. El conocimiento de la realidad se da por los canales normales del conocimiento humano. La ciencia humana no nos ofrece un solo camino de acceso a la realidad; al contrario, nos encontramos ante una pluralidad de interpretaciones del momento histórico presente y de su proceso. El cristiano debe también optar en relación al instrumento científico con el que interpreta la realidad en la que vive. Su fe, entonces, estará mediada cognoscitivamente por su análisis de la realidad.

Sin embargo, la autonomía del instrumento científico con que se comprende la realidad vivida no es absoluta sino relativa. Se conoce la realidad desde una situación concreta y desde un punto de vista que hemos visto exigido por la fe: desde el pobre. Esto quiere decir que entre la multiplicidad de caminos científicos posibles de acceso a la realidad el cristiano debe optar por aquel análisis que en cada momento histórico se muestre como desenmascarador de intereses privilegiados y como mejor orientador de una lucha de los pobres por una sociedad más justa y humana y, consiguientemente,

temente, más cercana a la realización del mensaje evangélico de fraternidad basada en el amor.

El amor que fundamenta la vida cristiana es un amor que tiende a ser eficaz. Es decir, la estructura de la fe cristiana —relación de amor con los hombres y Dios en la historia— no es contemplativa sino práxica. No se contenta con un conocimiento de la realidad aunque este sea el mejor de los posibles en cada momento histórico. No se trata de conocer mejor la realidad sino de transformarla según las exigencias de ese amor eficaz. La fe cristiana es mediada por una praxis histórica determinada.

La teología de Juan es bastante clara en este sentido. Para Juan el "venir a mí" se identifica con el "creer en Jesucristo", es decir con el "hacer lo que yo mando" que se concreta en "hacer la verdad" que no es otra cosa que "amar al hermano". Esta relación de términos de la teología joánica se inscribe en la misma línea de una de las más profundas intuiciones de los profetas: "conocer a Dios es hacer la justicia". La fe cristiana pasa, por tanto, por un compromiso de lucha en la realidad en que se vive en favor de los más débiles en orden a la creación del hombre nuevo. Exige una mediación práxica. Esto es lo que fundamenta el compromiso revolucionario de los cristianos latinoamericanos. La iglesia latinoamericana reunida en Medellín acepta este empeño práctico de la fe cristiana (Cfr. documento de Paz No. 18 y 27 o el de Pobreza No. 10).

De esta realidad de una fe mediada se desprende una consecuencia que pone a temblar a quienes conciben al cristianismo estáticamente: la falibilidad histórica de la fe cristiana. Es decir, la posibilidad de equivocarse en el discernimiento y por ende la posibilidad del "fracaso" de la



acción histórica en un determinado momento del proceso de realizar ese amor eficaz exigido por la propia opción de fe.

Afirmar que la fe cristiana es una fe mediada es decir que el cristiano está sometido a todas las contingencias de la situación humana, que no posee privilegios cognoscitivos ni recetas de acción exitosa. Su actitud es de permanente "discernimiento con la autoridad de la fe", pero de esa fe que proporciona una "seguridad insegura". Seguridad de la presencia de Dios en la historia, e inseguridad del camino que se debe tomar en cada momento para realizar la presencia plena de Dios en medio de los hombres. La esperanza del reino no es un posponer esa meta "hasta que Dios quiera", sino poner los medios para hacer a las fuerzas del amor más potentes que las del egoísmo sabiendo que aún el límite del fracaso es de alguna manera superable como fue superada la muerte por la resurrección de Jesús.

3. LA FE CRISTIANA SE ENCARNA EN IDEOLOGÍAS

El hilo de nuestro razonamiento nos lleva a afirmar la necesidad de que esa fe cristiana que describimos como encarnada en la historia y mediada por el conocimiento y praxis de los cristianos en su situación presente se exprese en ideologías concretas de acuerdo a la opción que se toma.

Esta afirmación exige que aclaremos en qué sentido usamos el término "ideología". Los significados que se le otorgan a este término van desde identificarlo con una cosmovisión o sistema filosófico de interpretación del mundo, con un sistema científico de análisis de la realidad o con un programa que incluye ideas, estrategias y tácticas para la acción política de la toma del poder hasta la versión más típicamente marxista de un conjunto de ideas encubridoras y justificadoras de la realidad de opresión que parten de la clase dominante y se imponen a toda la sociedad como representación de la realidad. Una discusión de todos estos significados nos llevaría fuera del propósito de nuestra reflexión.

Para los efectos del presente artículo entendemos ideología como "un sistema de medios y fines para enfrentar una determinada época histórica y conducirla hacia una meta". En esta perspectiva planteamos la necesidad de una fe que se haga operable, que adquiera pies y manos para una acción eficaz a través de ideologías.

Esta exigencia viene de la afirmación neotestamentaria de que una fe sin obras es una fe muerta (Sant 2,14-18). En otras palabras podemos decir que un amor que no sea eficaz no es tal amor, por lo menos desde la perspectiva cristiana. Para que existan "obras" son necesarias las media-

ciones que antes hemos mencionado. Una acción dentro de la propia situación histórica exige un conocimiento de esa situación y el establecimiento de los fines y medios para la consecución de las metas propuestas para la acción. Exige una ideología. Una fe que no se encarne, entonces, en ideologías se convierte simplemente en impracticable y consiguientemente en inconsistente, en fe sin obras, o sea, en fe muerta.

La historia de Israel es un ejemplo claro de la necesidad de la fe de encarnarse en ideologías. Su fidelidad a la alianza con Dios pasa por diferentes modos de concreción histórica. El éxodo es el rechazo de una sociedad esclavista para fundar una sociedad de hombre libres (Ex 3, 7-12). Más adelante el pueblo ve en la Monarquía la mejor forma de lograr sus objetivos (I Sam 8). Isaías, el profeta, ve en la invasión del Rey persa Ciro la posibilidad de renovar la fidelidad del pueblo a Dios y por eso lo llama el "salvador" de Israel (Is 45, 1-6). Jeremías, también profeta, participa activamente en la discusión sobre la alianza o no con los egipcios para defenderse de la invasión de Babilonia (Jer 37)... En fin, la fidelidad al Dios de la historia exigía un permanente discernimiento de los medios y fines para lograrlo, la encarnación de la fe en ideologías.

4. EL MARXISMO, CIENCIA DE LA HISTORIA

Como segundo orden de problemas mencionábamos los que se refieren al marxismo como ideología vehiculadora de la fe cristiana. Hablar del marxismo es hablar de algo complejo. No existe un marxismo, ni siquiera un bloque más o menos monolítico de marxismos. Por eso es también necesario especificar en qué sentido se habla de marxismo y de cuál marxismo.

Nosotros nos referimos al marxismo de Marx. Esta afirmación parece una necesidad pero se hace necesaria dada la situación de la discusión en el seno del marxismo. La mayoría de los partidos y movimientos revolucionarios latinoamericanos y venezolanos se autodefinen marxistas-leninistas. Algunos se refieren además a Mao-tse-tung completando el trinomio revolucionario. Nosotros hablamos, entonces, del marxismo sin guiones, del expresado en las obras de Marx y Engels y tratando de ser consecuentes no tanto con su letra como con su espíritu. Es decir, un marxismo que plantea la subordinación dialéctica de la teoría a la práctica debe comportarse como organismo vivo que supera cada momento teórico por el avance de la práctica y que renuncia a convertirse en un catálogo de respuestas preestablecidas que se "aplican" en cualquier situación.

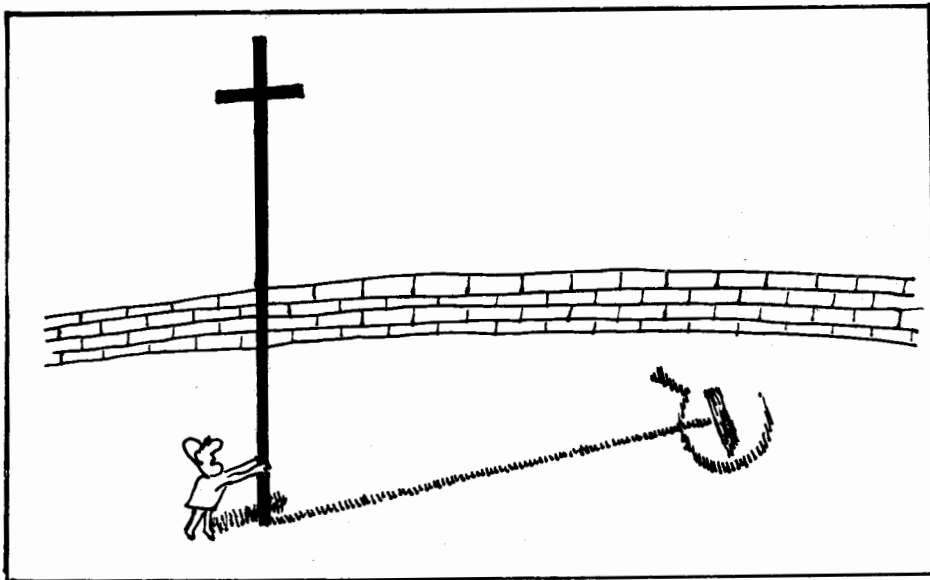
Entendemos, entonces, al marxismo como un "movimiento histórico" que nace en un determinado contexto histórico y alcanza un grado de desarrollo de los instrumentos científicos de interpretación de la realidad.

El marxismo aporta a la ciencia humana el intento de comprensión de la historia y sus leyes partiendo no de una mera "interpretación" o visión intelectualista del mundo, sino de la práctica por su transformación. Por ello plantea la inseparabilidad y la relación dialéctica entre teoría y praxis y rompe con cualquier "ortodoxia" o "doctrina" establecida de una vez para siempre. Propone, además, el método dialéctico para mantener ese continuo ir y venir renovador de la práctica a la teoría y viceversa.

Una preocupación fundamental del marxismo es la comprensión de la historia humana. Una comprensión científica de las leyes del desarrollo de la humanidad que dé razón de su propia evolución y dinámica desde el interior mismo del proceso y sin recurrir a potencias exteriores, a "dioses" que expliquen las situaciones y procesos por los que ha pasado la humanidad. El marxismo se define, entonces, como ciencia, en contraposición al conocimiento mitológico que atribuye las causas a seres figurados inexistentes y en contraposición al conocimiento teológico que sintetiza en Dios todas las razones que no puede dar el hombre por sí mismo o proyecta en él sus deseos aún no logrados. El materialismo del marxismo es, por tanto, la afirmación de que es el hombre el único protagonista de su historia y debe ser también el hombre quien construya la ciencia de la historia.

Desde esta perspectiva es necesario leer el "ateísmo" y la misma teoría crítica marxista de la religión. Siendo ciencia de la historia, el ateísmo propuesto por el marxismo se sitúa más como un problema político que como una cuestión teológica. En una situación de dominación de la burguesía sobre el proletariado el análisis marxista descubre a la religión como uno de los elementos ideológicos justificadores de la explotación y lo denuncia como tal. En la sociedad capitalista el Estado es esencialmente religioso pues se presenta, al igual que Dios, como algo superior y universal y no es sino la institución de una clase social dominante para asegurar su dominio sobre toda la sociedad. Dentro de este contexto el ateísmo es la negación de un Dios creado por los intereses de unos hombres concretos y presentado como revelación universal y además la negación del estado burgués que se endiosa a sí mismo para proteger la explotación reinante.

Un marxismo consecuente con sus propios postulados tendrá que rehacer su



propia "teoría de la religión" en la medida en que encuentre praxis religiosas distintas a las analizadas. Un cristianismo liberador, vivo como tal, debe llevar a una teoría religiosa liberadora. Los propios estados socialistas deben ser sometidos a la crítica de la teoría marxista para detectar las formas "religiosas" que estos puedan asumir en su práctica diaria.

El marxismo concebido como instrumento y método de análisis que se está continuamente re-haciendo en el compromiso por la transformación de la realidad injusta en una sociedad más justa, plantea a la fe la necesidad de un discernimiento para determinar si es el mejor método de análisis, de conocimiento de la realidad presente y su proceso histórico y de orientación de la lucha.

5. LA MEDIACION MARXISTA HOY Y AQUI

La relación que hemos visto entre fe cristiana e ideologías nos permite concluir la legitimidad de una "ideologización" marxista de la fe. Es decir, nos permite comprender la existencia de cristianos que al mismo tiempo se proclaman marxistas y se comprometen en la transformación de la sociedad capitalista hacia una sociedad socialista. Cabría preguntarse, si además de su legitimidad podría postularse la necesidad de una mediación marxista de la fe cristiana en la actual situación latinoamericana y ante las alternativas históricas reales que poseemos en Venezuela.

Una cuestión más clara de la necesidad o no de la mediación marxista es que ciertamente no podemos prescindir de él en el actual estado de desarrollo de las ciencias sociales y de la cultura latinoamericana. La presencia y creciente difusión del marxismo en el mundo de hoy es un hecho incuestionable. Muchas de las

categorías marxistas han pasado ya a formar parte del patrimonio cultural de la humanidad y son usadas en sociología y economía. Desde el punto de vista político no puede ocultarse el crecimiento del número de países que se inspiran en su organización social en los principios marxistas y la cantidad de partidos y movimientos políticos que se inspiran en el marxismo para su acción transformadora de la política.

Si eso es una realidad a nivel mundial más importante es la presencia del marxismo en el "tercer mundo" y concretamente en la A.L. Nuestra cultura está ya penetrada de elementos marxistas. Cualquier comprensión que se intente del proceso latinoamericano no puede prescindir de la realidad del marxismo como idea inspiradora de políticas, movimientos y acciones.

Por otra parte, en la presente coyuntura mundial y dadas las relaciones estructurales que dominan el mundo de hoy las alternativas históricas pueden reducirse a dos: capitalismo o socialismo. Ciertamente nadie se considera satisfecho con las realizaciones concretas de ninguno de los dos sistemas. Cuando se plantea un proyecto histórico capitalista se habla de un capitalismo reformado en el que se potencia su propia capacidad de auto-corregirse y su régimen de libertades. Cuando se habla de construir una sociedad socialista se parte de la crítica de los actuales países socialistas y se propone un modelo de socialismo que nace de la propia cultura del país donde se piensa instaurar y supera las limitaciones que se observan en las actuales realizaciones del socialismo. Todos los intentos de "tercera vía" han resultado decantados en apoyo a la opción capital-reformista o social demócrata.

La opción por una mediación mar-

xista de la fe cristiana se presenta, entonces, para muchos grupos cristianos comprometidos con los oprimidos latinoamericanos en la opción necesaria en el presente histórico de nuestro continente; mediación marxista que significa su uso como método de análisis de la realidad y como inspiración del modelo socialista de sociedad que se pretende construir.

Llegar a realizar o ver como legítima y necesaria esta opción no quiere decir que se resuelven como por arte de magia todos los problemas para el cristiano. Al contrario, su capacidad de discernimiento debe crecer y la conciencia de la relatividad de las ideologías debe impedir poner la seguridad en el instrumento y no en la relación de amor establecido a través de los hermanos más pobres con el Dios que se nos da en la historia.

La mediación marxista de la fe cristiana hoy y aquí se presenta problemática, especialmente cuando se cae en la tentación de apelar al marxismo como cosmovisión, como otra "fe" con su ortodoxia y su doctrina fija e inmutable, cuando se entiende a la lucha de clases como la única categoría explicativa del desarrollo de la historia humana, cuando se sobrepasan los límites de una ciencia social o de un proyecto político y se pretende convertir al marxismo en un sistema filosófico capaz de explicar todas las cosas en sus causas últimas.

Hemos afirmado que no podemos eludir el hecho de que la fe cristiana y consiguientemente una teología que pretenda expresar racionalmente esa fe requieren de muchas "mediaciones" tanto teóricas como prácticas. Tal afirmación se basa incluso en las características de la actividad cognoscitiva humana y en la propia "naturaleza" o ser del hombre. Como contrapartida podemos afirmar que es necesario mantenernos alertas para evitar que las necesarias mediaciones se conviertan en esclavizantes mediaciones que llevarían a convertir a la fe y a la teología en instrumentos legitimadores de una concreta situación sociopolítica.

Una mediación marxista de la fe cristiana ha sido descubierta por muchos cristianos latinoamericanos como fuente de inspiración de su acción en las actuales circunstancias del continente y ha promovido un cristianismo creativo y encarnado en la lucha por los más pobres. Una mediatización marxista de la fe cristiana sería la peor instrumentalización que pueda hacerse de una religión —relación con Dios— que al poner en su centro al Jesús crucificado rompe con cualquier intento de construcción humana de Dios y lo afirma como quien es siempre inédito en sus posibilidades.